

ELIZABETH BRUNDAGE

La apariencia de las cosas

Traducción de Juanjo Estrella



Duomo ediciones

Barcelona, 2018

Título original: *All Things Cease to Appear*

© 2016, Elizabeth Brundage

© 2018, de la traducción: Juanjo Estrella

© 2018, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Esta traducción ha sido publicada con el acuerdo de Alfred K. Knopf, un sello de The Knopf Doubleday Group, una división de Penguin Random House, LLC.

Primera edición: septiembre de 2018

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncep d'Astúries, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-17128-56-2

Código IBIC: FA

DL B 16515-2018

Composición:

Sergi Gòdia

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

A Joan y Dorothy

... hasta que esa que arde aún de puro
joven, libre, quede atada por conjuros
de la ley al que aborrece.

WILLIAM BLAKE,
Visiones de las hijas de Albión

La belleza es finita; lo sublime, infinito.

IMMANUEL KANT

Bajo esas estrellas existe un universo de
monstruos resplandecientes.

HERMAN MELVILLE

La granja Hale

Esta es la granja Hale.

Ahí está el viejo establo de ordeño, el resquicio oscuro que dice «encuétrame».

Esta es la veleta, esta, la pila de leña.

Aquí está la casa, hervidero de historias.

Es temprano. El halcón sobrevuela en círculos el cielo despejado. Una pluma azul muy fina oscila en el aire. El aire es frío, radiante. La casa está en silencio, la cocina, el sofá de terciopelo azul, la taza de té pequeña y blanca.

La granja siempre canta por nosotros, sus familias perdidas, sus soldados y sus esposas. Durante la guerra, cuando venían con sus bayonetas y se abrían paso, las botas embarradas en la escalera. Patriotas. Bravucones. Maridos. Padres. Dormían en las camas heladas. Saqueaban la despensa en busca de tarros de melocotón en almíbar y remolachas dulces. Encendían grandes fogatas en los campos, las llamas se retorcían y se elevaban hacia los cielos. Unas fogatas que reían. Se les iluminaban las caras, tenían las manos calientes metidas en los bolsillos. Asaban cerdos y separaban del hueso la carne dulce, rosada. Al final se chupaban los dedos para limpiarse la grasa, y el sabor era conocido y era raro.

Después ha habido otros —ha habido muchos— que se han llevado algo, que han saqueado y han despojado. Hasta las tuberías de cobre, los azulejos de Delft.

Se llevaban todo lo que podían. Dejaban solo las paredes, los suelos pelados. El corazón palpitante en la despensa.

Aguardamos. Tenemos paciencia. Esperamos noticias. Esperamos a que nos cuenten. El viento intenta decirnos algo. Los árboles se agitan. Es el final de algo. Lo notamos. Pronto lo sabremos.

Primera parte

23 de febrero de 1979

Otra vez nevaba. Las cinco y media de la tarde. Casi de noche. Acababa de dejar los platos en la mesa cuando los perros empezaron a ladrar.

Su marido soltó los cubiertos. No le hacía la menor gracia que lo interrumpieran cuando cenaba. ¿Qué ocurre ahora?

June Pratt retiró la cortina y vio a su vecino. Estaba ahí de pie, bajo la nieve, con la niña en brazos, descalza. Ninguno de los dos llevaba puesto el abrigo. Por lo que veía, ella iba en pijama.

Es George Clare, dijo.

¿Y qué vende?

No sé. No veo el coche. Deben de haber venido a pie. Hace un frío espantoso fuera. Será mejor que vengas a ver qué quiere.

Los dejó entrar, y con ellos entró el frío. Él se quedó ahí plantado, delante de ella, y le acercó la niña como quien hace una ofrenda.

Mi mujer... Está...

Mamá pupa, dijo la niña llorando.

June no tenía hijos, pero había criado perros durante toda su vida, y en los ojos de aquella niña veía el mismo conocimiento oscuro que confirmaba lo que todos los animales sabían: que el mundo estaba lleno de maldad y era incomprendible.

Será mejor que llames a la policía, le dijo a su marido. A su mujer le ha pasado algo.

Joe se retiró la servilleta y se fue hacia el teléfono.

A ver si encontramos unos calcetines para ti, dijo ella, y le cogió la niña al padre y se la llevó en brazos por el pasillo hasta el dormitorio, donde la sentó en la cama. Aquella tarde había deja-

do sus calcetines, recién lavados, sobre el radiador, y escogió un par, de lana, y se los puso mientras pensaba que si aquella niña fuera suya la querría más.

Eran los Clare. Habían comprado la finca de los Hale el verano anterior, y ahora había llegado el invierno y en la carretera estaban solo las dos casas y no los había visto mucho. A veces, por la mañana. Cuando él salía a toda velocidad con su coche pequeño camino de la universidad. O cuando la mujer sacaba a la niña fuera. Y en alguna ocasión por la noche, cuando June sacaba a pasear a los perros, adivinaba el interior de la casa. Los veía cenando, la niña sentada entre los dos, a la mesa. La mujer se levantaba, se sentaba, volvía a levantarse.

Como nevaba, el *sheriff* tardó media hora en llegar. Las mujeres suelen darse cuenta de cuando un hombre las desea, y June era vagamente consciente de que Travis Lawton, que había sido compañero de clase en el instituto, la encontraba atractiva. Todo aquello ya no importaba lo más mínimo, pero uno no se olvida con facilidad de la gente con la que se ha criado, y se dedicó a escucharlo con atención, y no le pasó por alto que trataba a George con amabilidad, aunque existía la posibilidad, al menos ella interiormente se la planteaba, de que lo que le había ocurrido a su mujer fuera obra suya.

Él pensaba en Emerson («la terrible aristocracia que se da en la naturaleza»). Porque había cosas en el mundo que no se podían controlar. Y porque incluso en ese momento estaba pensando en ella. Incluso en ese momento, mientras su mujer estaba tendida, muerta, en aquella casa.

Oía a Joe Pratt al teléfono.

George esperaba sentado en el sofá verde, algo tembloroso. Aquella casa olía a perro, y los oía ladrar fuera, en sus jaulas. No entendía cómo podían soportarlo. Contempló los tablones anchos. Un olor a moho subía desde el sótano. Se le aferraba a la garganta. Tosió.

Ya vienen, dijo Pratt desde la cocina.

George asintió con un movimiento de cabeza.

Al otro lado del pasillo, June Pratt hablaba con su hija con ese

tono tierno que usa la gente con los niños, y él se lo agradecía, se lo agradecía tanto que los ojos se le llenaron de lágrimas. June era conocida por recoger perros abandonados. La había visto caminar por la carretera seguida por un grupo variopinto: una señora de mediana edad, con pañuelo rojo, con la vista clavada en el suelo y el ceño fruncido.

Al cabo de un rato, no habría sabido decir cuánto, llegó un coche.

Ya están aquí, dijo Pratt.

El que entró era Travis Lawton.

George, dijo, pero no le estrechó la mano.

Hola, Travis.

Chosen era un pueblo pequeño, y ellos eran más o menos conocidos. Sabía que Lawton había ido al Instituto Politécnico Rensselaer, el RPI, y que había vuelto para ejercer de *sheriff*, y a George siempre le sorprendía que, siendo un hombre tan bien formado, fuera tan superficial. Pero en realidad a George no se le daba muy bien juzgar el carácter de los demás y, como constantemente se encargaban de recordarle los individuos implicados, su opinión no contaba demasiado. George y su mujer eran unos recién llegados. Los lugareños tardaban al menos cien años en aceptar el hecho de que otros vivieran en una casa que durante generaciones había pertenecido a una misma familia, cuyos dramas formaban parte ya de la mitología local. Él no conocía a aquella gente, y era evidente que aquella gente no lo conocía a él, pero durante aquellos pocos minutos, mientras se encontraba allí, en la sala de los Pratt, con sus pantalones verdes arrugados y su corbata torcida, con aquella expresión distante y lagrimosa en los ojos que no costaba nada interpretar como una señal de locura, todas las sospechas de ellos se veían confirmadas.

Vayamos a echar un vistazo, dijo Lawton.

Dejaron a Franny con los Pratt y subieron por la carretera él, Lawton y el ayudante del *sheriff*, Wiley Burke. Ya había anochecido del todo. Caminaban con una determinación sombría y un frío brutal bajo los pies.

La casa estaba ahí, enseñando los dientes.

Permanecieron un buen rato contemplándola, y después entraron por el porche acristalado lleno de botas de nieve, raquetas de tenis y hojas arrastradas, hasta la puerta de la cocina. Le enseñó a Lawton el cristal roto. Subieron a la planta de arriba con las botas sucias. La puerta de su dormitorio estaba cerrada: no recordaba haberla cerrado. Suponía que sí lo había hecho.

No puedo entrar ahí, le dijo al *sheriff*.

Está bien. Lawton apenas le rozó el hombro con delicadeza. Quédese aquí.

Lawton y su ayudante entraron. Oyó unas sirenas a lo lejos. Sus aullidos agudos le hacían flaquear.

Esperó en el rellano, intentando no moverse. Entonces salió Lawton y se sujetó en el marco de la puerta. Miró a George con reserva. ¿Esa es su hacha?

George asintió. Es del granero.

En el coche de Lawton, sin distintivo policial, se fueron al pueblo por unas carreteras oscuras, resbaladizas. Las cadenas de las ruedas cruzaban al contacto con la nieve. Él iba con su hija, detrás de la rejilla. Era una comisaría auxiliar que se encontraba al otro lado del viejo puesto ferroviario y que ocupaba un edificio que en otro tiempo tal vez hubiera sido un colegio. Las paredes eran de un amarillo sucio, rematadas con zócalos de caoba, y los viejos radiadores de hierro silbaban de calor. Una mujer que trabajaba en el departamento se llevó a Franny a la máquina expendedora, sacó unas monedas de una bolsa de plástico y levantó a la niña en brazos para que las echara en la ranura, y volvió a dejarla en el suelo.

Y ahora mira, dijo la mujer. Tiró de la palanca y bajó un paquete de galletas. Vamos, son para ti.

Franny miró a George pidiéndole permiso.

Sí, cielo. Puedes coger las galletas.

La mujer levantó la tapa que había en la parte baja de la expendedora. Franny se acercó a la oscuridad de la máquina para retirar las galletas y sonrió, orgullosa de sí misma.

Lawton se agachó para quedar a su altura.

Vamos, que te ayudo, guapa. Le cogió el paquete de galletas, lo abrió y se lo devolvió. Y todos la observaron mientras sacaba una y se la comía. Lawton dijo:

Seguro que están buenas.

Franny masticaba.

Seguro que tienes hambre.

Ella se metió otra galleta en la boca.

¿Has desayunado algo esta mañana? Yo he tomado *cornflakes*.

¿Y tú?

Galletas saladas.

¿Y ya está?

Con mermelada.

¿Y qué ha desayunado tu madre?

Franny miró a Lawton con cara de sorpresa.

Mamá está enferma.

¿Qué le pasa a tu mamá?

Mamá está enferma.

Cuando tu madre está enferma las cosas no son fáciles, ¿verdad?

Ella le dio la vuelta al paquete de celofán y se le coló entre los dedos un polvillo de migas marrones.

¿Ha venido hoy alguien a vuestra casa?

Franny no le hizo caso y arrugó el papel, concentrada en el crujido del celofán en la mano al cerrarse.

Franny. El *sheriff* está hablando contigo.

Ella alzó la vista y vio a George.

¿Ha venido Cole?

Ella hizo que sí con la cabeza.

¿Cole Hale?, dijo Lawton.

A veces nos ayuda con la niña, dijo George.

¿Era Cole? ¿Estás segura?

A Franny empezó a temblarle el labio inferior y las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

Acaba de decirle que sí, dijo George.